

EL HOMBRE Y LA EDUCACION

(COMUNICACION DE LA XI SEMANA ESPAÑOLA DE FILOSOFIA)

El hombre tiene una singladura corpórea y espiritual. Por la primera se acerca a las «cosas». Las «cosas» son pedazos humanos del hombre mismo. En él radica «toda naturaleza». La física, la química, la etérea. Lo «sólido» del ser, lo «líquido», lo circular, el soplo y hasta el fuego. En realidad, cuando los presocráticos buscaban el *ser* de las cosas, la esencia de ellas, en el *fuego*, el *agua* o el *viento*, traducían su misma experiencia íntima. Para no quedarse en ellos mismos, sino en lo que entendían como realidad cosmológica, *vivencial* en lo humano.

Pero la singladura espiritual, realmente ni es *física*, o somática, ni puramente *angelical*. El intelecto exige un soporte físico, «sano». Y éste, asimismo, exige, a su vez, una dimensión incorpórea que no es traducible experimentalmente. Salvo los indicios de una auscultación mental.

* * *

Pero el hombre no es sólo singladura. El hombre *camina* y *marcha*. *Está*, *piensa*, *vive*. La *perspectiva orteguiana* viene a ser como un intento de lo finito y lo infinito. Como algo que, en pura anécdota, nada sería. Como *esencia anecdótica*, en cambio, sí es algo. Sí que toma color y forma. Al igual que el hombre dorsiano que *piensa*, *juega* y *trabaja*. Cada «verbo» es acción y movimiento. Al igual que la *palabra* es *logos*.

* * *

Ahora bien: entre el ser que *es* y el ser que *está*, o el ser que *marcha*, o *camina*, ha de haber algo convergente, que permita esa permeabilidad. Aunque sólo sea en el plano individual.

Por eso —lo hemos así bautizado en mi libro *El Derecho, forma dinámica de vida social*— hay en el hombre un sentido *in crescendo* de su propio ser. Este hacerse *a sí* mismo, o este hacerse *mejor* —o vivir, o pensar, o comer mejor— impregna el sentido de *perfección*, como creatividad, como segunda naturaleza. Sin ello —además del lenguaje o de la razón— las diferencias anímicas entre el animal y el hombre perderían sentido.

Y, a su vez, el diseño de perfección no está revestido de fórmulas o de esencias irracionales. No es sólo crecimiento somático o espiritual. No es edad, o *tiempo*, aunque cuenten. Se trata de una incrustación, esencialmente *dialogada* como en los sofistas, o formalmente *lógica* como para los «clásicos» posteriores. Pero, en definitiva, la carga de perfección exige un adiestramiento, una técnica, una convergencia.

De ahí que, como tantas veces a lo largo de la historia, la esencia y la raíz de las reflexiones, de los principios, o de las doctrinas filosóficas, hayan discurrido por los aleros de la *educación*. Quiérase o no ese es el diagnóstico de Platón, como luego en Tomás de Aquino y Hegel. Acaso fue Luis Vives más expresivo en el juego de la *pobreza*, la *riqueza*, o la *libertad*, a través de la *educación*. Y no porque *el socorro de los pobres* se resuelva en la fusión de *pobreza espiritual* y *pobreza corporal*, sino porque —con frase evangélica— la *pobreza de espíritu* es el peor de los males humanos.

* * *

La *educación*, por tanto, no es aditamento accidental. No es añadido. Es lo más humano. O acaso lo que pone más a prueba lo humano. *Educere* es conducir, llevar, animar. Hacia *dentro*. Hacia *los demás*.

La educación es lo *más-social* del hombre. Exige el *otro*. Tanto si es como la *vida enseña* —que es la del *otro*—. Como si es la vida de «otro» que se *me entrega*, se me da, a mí mismo. El maestro es algo de las dos cosas porque me ofrece su *vida* y lo que *enseña*, por su saber.

* * *

¿Qué es lo que aprieta, lo que ahoga, lo que en ocasiones limita esa esencia «niveladora que por la educación gradúa nuestro ser somático y espiritual?»

La *verificación* de la educación misma. La *instrumentación* fáctica, planificadora o no, en cuanto que sistematiza —a nivel nacional o internacional— lo que la pedagogía marca en cada instante. No es extraño que el *Informe*

Faure, con el sobrenombre de *Aprender a ser*, busque una ontología del hombre y todo el hombre. Una enseñanza para el hombre, y a su vez para integrar todo el hombre.

Pero junto a ello la facticidad —en *Derecho al estudio*, bautizamos así un trabajo nuestro— de esa educación. Sólo —teóricamente— limitada, por la propia *voluntad*, y por la propia *capacidad*. De *voluntad* de perfección en un mayor grado o medida. *Capacidad* —esencialmente intelectual— con límites de amplitud, somáticos, irreversibles. Y sólo pocas veces susceptibles de recreación.

* * *

Si al hombre le quitamos su esencia «creadora» por la educación, le quitamos —venía a decir Kant— su propia libertad. Esta no es, en el fondo, sino *camino* para una plenitud que sólo a través de la educación puede lograrse.

El gran tema de nuestro tiempo es decidir una elección o lograr un desequilibrio entre la *libertad para educarse*, o *educarse para la libertad*. Las prioridades formalistas o abstractas han deteriorado con exceso la integración o bisagra de lo que —voluntad e inteligencia— está en el hombre mismo. Pero, sobre todo, con tal desequilibrio, han oscurecido o limitado el impacto o sesgo que la educación tiene como dimensión del hombre en sociedad. La *socialización* de la educación con frecuencia se la presenta como oscurantismo de la libertad creadora. O el *pluralismo* educativo como anarquía individualizada.

En realidad, se está en un camino de opción. La sustancia antropológica, como la dialéctica en la técnica, no se ofrecen al hombre como en un laboratorio, «vacunado» de virus, o dejado a la inercia de un *laissez faire*. El hombre está en sociedad. El hombre es «sociedad». Pero también la educación está en la sociedad; o casi mejor, como ha advertido Legaz Lacambra en *Socialización y Educación en la libertad* (1973), la educación es «sociedad», hace convivencia y libertad.

Sin darnos cuenta, pues, se ha cerrado el círculo de la arquitectura *somático-espiritual*, la *individual-social*. La educación, en el hombre, no sólo no le ahoga o aprieta, sino que le hace ser verdaderamente *Hombre*. Y a su vez no sólo le permite estar más ágil en la sociedad sino que lo corona como protagonista de la convivencia.

Atrás quedan las teorías de una *Filosofía política* o de una *Política pedagógica*. Y antes que todas ellas está esa *filosofía de lo humano*, como concepción

embrionaria de lo que el hombre *es* y puede *ser*. Ni más ni menos, el principio gemelo a aquella afirmación de Battaglia de que el hombre por el trabajo no sólo es un hombre económico, social o moral, sino que a su través se articula en la comunidad política. El hombre por la educación no sólo *está* en la sociedad, sino que *es* sociedad y *hace* sociedad. Por eso, desde sí mismo, en la concreción de su libertad, responsabilidad o capacidad. No como imperativo coercitivamente impuesto. No como *slogan* estatal o como soberanía anárquica ultraindividual. Por el contrario, la educación eleva al hombre concreto, le posibilitiza en su libertad no abstracta y le da juego auténtico para su promoción personal y aun para la verdadera integración y justicia social.

JESÚS LÓPEZ MEDEL